

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

DOÑA APARATO

En lo alto del cielo encapotado se observa claramente a un escuadrón de repelentes golereros surcando con sus vuelos ágiles de parecer sereno, los contornos immaculados de mi tierra ambivalente, esperando pacientemente el momento de caerle encima al animalucho moribundo abandonado a su suerte por su descorazonado propietario en un sucio y descuidado lotecillo escueto como solitario.

Los golerazos, de gusto rapiñero que arrojan a leguas su aroma a alcantarilla: los mismos que en tiempos lejanos atemorizaron a las abuelas quienes creían que sus velos circulares era el presagio de una época temible de muerte y miseria para la población. De repente abandonaron su coqueteo y en picada se lanzaron contra su inerte presa.

Dejando a los glotones animalejos devorando su “apetitoso como succulento banquetazo”. El aprendiz continuó su camino ambulando sin mucha prisa las calles torcidas y soñolientas de su terruño querido Sabanalarga (pueblo de mi alma donde al parecer la peste acabó con la inteligencia). En busca de la musa invisible que le

merodeaba indecisa en su mundo de fantasía pero que como toda hembra enamorada no se dejaba conquistar a primera vista.

Por el camino tropezó con toda clase de criatura desde el personajillo no inocentón y puritano que vive aferrado a la esperanza de la reencarnación después de muerto, el flojo traspadachin de personalidad haragana que vive del cuento y la majadería inventada para poder sobresalir en el mundo de los pendejos, vendedores ambulantes famosos por su carácter dicharacheros, picarescos y vivarachos y sobretodo con un puñado de hembras rechonchas chismosas y malhabladas, gatunas, carácter agrio pero con ojos de águila clavadas como un verdadero monumento a la vagancia, criticándole la vida a todo el mamarracho desprevenido que pasa por el frente de sus viviendas; en firme competencia con los hombrecillos esquineros y aparentadores quienes con sus aires montañosos de enamoradizos, se la pasan molestando con piropos atrevidos y de mal gusto a las muchachonas coquetonas de caminar presumido que al pasar agitan sus teterones y aprietan las nalgas como animal de fina estampa. Pero no podía marchar de regreso a su humilde casucha sin darle un vistazo a la exuberante y exótica plazoleta central, punto de reunión para los grandes chismes y pormenores de los nativos, hallándose con la misma vaina de siempre. Conductores mamagallistas, gritones y rebuscones haciendo su agosto en época decembrina, empleados públicos con los ánimos caldeados reclamando a gritos el pago de sus mesadas atrasadas, reuniones de tipazos mañosos y parlanchines trezados en sus largas y agotadoras charlas de rutina.

Frente a la monumental alcaldía, en la misma banca trapeada y pulida por los traseros irrespetuosos, se hallaba en clan de ancianos infaltable, tertulieros y morisqueños, con sus aires de sabiduría obtenida a hechazos, discutiendo acaloradamente el trillado tema de siempre.

Devorando con la vista los alrededores de la vasta plazoleta observó de repente del otro lado de la cuadra a una muchedumbre envuelta en una discusión callejera; levado por la curiosidad logró situarse a prudente distancia de la abuela achacada y dicharachera, de pelo corto entre cano, ojos empequeñecidos y meditabundos, piel cuarteada y reseca, vestida con un trajecito desarrapado al que la mugre le había robado su color natural. Su hablar era atropellado y con la potencia de un trueno centellado.

La doña caminaba de un lado para el otro y en algunas ocasiones se detenía para hacer gestos vulgares con sus manos o para vociferar en voz alta un huracán de palabrotas obscenas contra el pelotón de machos impersonales acantonados sobre el sardinel de la esquina que arremetía contra ella toda clase de silbidos y mamadera de gallo.

La señorona en medio de la risa y carcajadas de los mirones se colocaba las delgaduchas manos sobre sus orejotas para percibir con claridad lo que le gritaba la chusma irrespetuosa, y al tiempo que se dejaba oír su remoquete de “aparato”.

Con sus torpes manos repletas de cayos, arrojaba a la multitud una inofensiva piedra cogida en el suelo, sonríe abiertamente con el admirado aprendiz quien al parecer le había caído en gracia y guiñando un ojo algo de picardía atrapa de pan reseco sacado de su mugroso bolsillo de su traje, en su mellada bocota. Con su boca repleta por completo de alimento, suelta un eructo del carajo seguido de un gruñido de fiera salvaje; se rasca maquinalmente el trasero para mas tarde desflorar su sermón cotidiano aprendiendo de memoria.

- “Hijueputas! Maricones, desgraciados, cachones!... Aparato es lo que tienes sus putas madres entre patas. Pendejos, huevones, trozos muertos”.

Aunque muchos personajillos de la elite sabihonda aseguren que sus desvanes vulgaresco y sus arrebatos y retahílas avispadas son el reflejo del claro analfabetismo y de sus atrasos mentales, en el fondo de toda ésta carreta mañosa hasta tal vez errada, el aprendiz ha llegado a la firme conclusión que los afanes de la doña son solo magistrales apariencias, que ella inteligentemente disfraza y aprovecha como método eficaz para envolver al tozudo “ignorante” que con su titulillo addoctorado bajo el brazo se cree el más astuto y culto de la aristocracia pueblerina. Pero que ante la zorra sabiduría nata de la señorona no es más que una pobre bestia de cultura atrasada y quizá discontinuada.

Y es que además, los cotidianos abucheos y silbatina en granel que brotan por la boca de los incultos que se bufan de doña cuando chancleteando sale a recorrer las caldeadas

callejuelas en busca de las manos generosas, son difamaciones relajantes, un aliciente embriagados y reconfortante que le anima a vivir con el corazón iluminado de alegría y un espíritu recochero repleto de esperanza. Y como respuesta a semejantes insulto, pícaramente arroja un alud de palabras vulgares y graciosas que hacen desternillar de la risa hasta el mas idiota de la cuadra.

Después de embutirse las pocas migajas que quedaban en el fondo de su sucio bolsillo, tranquila y sonriente se introduje rápidamente por el angosto y corto pasillo de un colegio para hembras vírgenes.

La mañana era totalmente esplendorosa a pesar de los errados expertos que anunciaron por la radio lluvias torrenciales. En lo alto de las descoloridas torres de la majestuosa y arquitectónica Iglesia de San Antonio de Padua, las campanas iniciaron su repiquetear insistente anunciando la pronta llegada del féretro cargado a hombros que avanzaba por la calle principal rumbo a la última morada del difunto.

Delfilia, con gestos de humildad y frases de cariño solicitaba en varias ocasiones la presencia de la madre superiora a la mujercita guapetona que reguardaba la puerta de entrada. La descomplicada empleada sorda a los ruegos por hallarse ocupada en un impertinente cotorreo que llevaba a cabo con otra mujer parlanchina y testaruda, desatendía sus deberes y con ello ignoraba a los parroquianos que como estatuas vivientes esperamos el turno.

Doña Delfilia, con sus ojos chispeantes de rabia y sacando a relucir su original personalidad, aparentemente agresiva, inesperadamente armó un avispero con sus majaderías incontrolables hacia la desafortunada mujerona quien desesperada por los insultos atinaba a implorarle con voz temblorosa y gestos ridículos la conclusión inmediata de sus arrebatos de cólera pero ella reflejando en su rostro la burla que sentía, se aferraba con mas fuerzas a proseguir con su bullaranga interminable.

Afortunadamente para la damita de cadera aguitarrada y carita angelical, la presencia de una joven hermanita terminó con su calvario. Como pendejos boquiabiertos escuchamos de sus labios apetitosos que cubrían sus dientes perfectos las disculpas que ofreciera la esbelta y culta mujer al servicio del Señor que derrochaba palabras de cariño para los presentes, a la vez que depositaba en las manos de la doña, una bolsita que contenía algunos alimentos. De inmediato surgió la astucia de la señorona quien sin inmutarse proclamó sus frases de agradecimiento que envidiaría cualquier papanata puritano por sus gestos de humildad y sus modales finos y respetuosos.

Agradecida y silbando alegremente marchó de regreso a la calle seguida de cerca por el detectivesco aprendiz que le seguía en silencio como si se tratara de su sombra. Para entonces los tipejos sin oficio habían desaparecido como por arte de magia. La doña recelosa y desconfiada, escudriña con su vista los alrededores para asegurarse que nadie le espicara y de inmediato comenzó a escarbar el fondo de las bolsitas con una precipitud inquietante. Cuando terminó de buscar insatisfecha y dando muestras de desagrado,

levantó su mirada hacia lo lejos donde se hallaba la caritativa hermanita, de pie junto al bordillo de la calle esperando el paso de un automóvil que iba raudo cruzando por el estrecho callejoncillo, inmediatamente le ofrece su ingrata bendición.

- "Hijueputa cachona! Miserable, ve a regalarle esta porquería a la perra de tu abuela. Desgraciada, quien sabe cuantos macho te habrás tirao a escondidas y ahora te las picas de mujer virgenzota y puritana. Arrecha, ñango estrecho".

Al medio día, cuando un sol cunicular arreciaba con sus latigazos los desnudos y curtidos rostros de los pocos habitantes que deambulaban por la calle calcinada y ambientada por el tropel de desorden de una recua de flacuchentos y sarnosos perros callejeros disputándose el amor de la solitaria hembra, la señorona con su andar elegante y presumido iba de regreso a su vivienda: una insignificante casita desvencijada y enclavada en un angosto lotecillo. Hecho con paredes de barro desnudas, techo de tejas completado con pedazos de latón reciclado y puertas construidas rústicamente con retazos de madera.

Sobre su endeble y curvado cuerpecillo sostenía con una fuerza insospechada un saquito de fique repletado de enseres y comida obsequiado por parroquianos "humilde y generosos" que a la brava, hostigados por la cháchara picaresca de la hembrona pegajosa y cartelera, hacían de tripas el corazón y a regañadientes dejaban sus

quehaceres y salían precipitadas a husmear entre los trastos de la cocina tratando de hallar alguna sobra que sirviera para callar la bocota de la malhablada mujer.

Tarareando una añejada melodía desempolvada de su lúcida memoria, de repente se detuvo frente a una lujosa vivienda con fachada colonial donde un grupillo de parroquianos serios y estudiados, sentados alrededor de una mesa bajo la sombra y el fresco que ofrecía un palo de laurel se divertían con el cruce “señero” del juego de dominó.

Los ilustres caballeros del saber, mirándose las caras con sus gestos de perplejidad, observaron atónitos la delgada silueta que descalza y mostrando destreza y habilidad en sus movimientos, bailaba en solitaria y en pleno centro de la calle una cumbia imaginaria.

Terminada su apoteósica actuación, sonriente y activa se dirigió con voz agitada a sus perplejos espectadores.

-“Hijueputa quien no me regle una monda para matar el hambre... oigan! Con ustedes partida de cachones degenerados...Qué están sordos?”

la doña convencida que no iba a sacar provecho de aquellos silenciosos caballeros de bolsillos apretujados y generosidad vacía, derrochando a granel su energía optó por

otro movimiento de cadera y levantando su traje dejando al descubierto su flacuchento trasero, continuo tranquilamente su camino...

Ha pasado raudamente el tiempo inalcanzable. Ahora siento tristeza en el alma y nostalgia en el corazón cuando miro a la doña en su estado de abandono. Casi siempre se le ve sentada en un banquillo de mala muerte frente a su casucha como todo una abuela querendona, agitando su bastoncillo tratando de alcanzar al grosero que le grita "aparato". Con sus ojazos adormitados que perdieron hace tiempo el brillo de la vida, cuando escucha los pasos o algarabía del transeúnte estira su brazo con la esperanza que caiga milagrosamente una monedilla.

FIN